

La calle para el viernes 13 de abril de 2007
Diario de un espectador
Juliana González
por miguel ángel granados chapa

Fue una fiesta del pensamiento, de la palabra, de la fraternidad la que encuadró la entrega de las insignias que hacen doctores honoris causa a siete personajes ilustres a quienes distinguió de ese modo la Universidad nacional, en una emocionante ceremonia efectuada en el Palacio de Minería ayer. En este lugar presentaremos textos escritos por, o acerca de ellos, cada uno de los humanistas y científicos de ese modo honrados por la Unam. Abrimos la serie ayer con unos párrafos de Giovanni Sartori sobre la telecracia. Seguimos hoy con una página de la doctora Juliana González Valenzuela, tomada de su libro *Ética y libertad*, precisamente sobre uno de los temas centrales de esa disciplina filosófica, la ética, ilustrada con un estrujante ejemplo de la literatura rusa:

“Es en la historia del pequeño Iluscha en *Los hermanos Karamasov* donde primeramente Dostoyevski expresa, con una sensibilidad dramática excepcional, la conmoción y el alcance trágico que puede tener para la vida humana el hallazgo del mal. Este constituye ‘la Verdad de la tierra’ que los niños pobres ‘aprenden a los nueve años’, dice el padre de Iluscha, un viejo y desdichado capitán que apenas sobrevive en la miseria.

El relato anecdótico es que, en una ocasión, el pequeño Iluscha, caminando con sus compañeros de escuela, pasó por azar por la taberna del barrio en el momento preciso en que su padre borracho era sacado de las barbas por Dimitri Karamasov; éste, borracho también, se mofó del viejo, lo golpeó y lo humilló llamándolo ‘estropajo’ delante de su hijo. El niño, entonces, sorpresivamente corrió a besar la mano del agresor pidiéndole clemencia y perdón para su padre. Y en ese momento, se dice, es cuando Iluscha comprendió toda la verdad, esa verdad que días después, en una estrujante escena en que dialogan el padre y el hijo, éste le comunica llorando al viejo capitán:

‘!cómo te maltrató, papá!...!qué pueblo malo es este nuestro, papi!...vámonos a otro pueblo, a una buena ciudad’

La ‘verdad de la tierra’ es esa peculiar ‘dureza de la vida’ que es revelada sobre todo en la humillación, en la maldad, en la violencia del hombre contra el hombre, en su destructividad, en su capacidad de dañar, de ofender y de aniquilar a los otros. Es, asimismo, la dolorosa conciencia de que aquellos a los que creímos fuertes e intocables, porque necesitábamos que así lo fuesen) son en realidad, si no malos y crueles ellos mismos, sí víctimas frágiles, cobardes e impotentes para superar humillaciones y abyecciones. La ‘verdad de la tierra’ es la miseria radical del hombre que al pequeño Iluscha le es revelada súbitamente en sus dos caras: como crueldad de unos, como impotencia de otros.

Y esta escena dostoyevskiana entre el padre y el hijo resulta en verdad pieza maestra (tanto en sentido artístico como ético) entre otras cosas por el marco de intensa ternura, de amor y de dolor compartidos en que se produce: porque relata una experiencia que toca los confines de la vida emocional y moral desde la grandeza y la pureza de una experiencia originaria; porque a la autenticidad vivencial, del pequeño, se aúna la no menos dolorosa y genuina emoción del padre, quebrantado por su propia fragilidad y que, sin defensas, se entrega al hijo y sólo puede ofrecerle, cuando no su silencio, su propio llanto y sus fantasías de un mundo bondadoso.

El vínculo entre este padre y este hijo, con las múltiples y diversas significaciones que se van trazando en la novela, vínculo redentor entre el sufrimiento y la muerte, parece expresar una especie de contrapunto o antítesis del drama parricida central de la obra, como símbolo esperanzador del antiparricidio.

El ‘padre’ Fiodor Pávlovich Karamasov, en cambio, ni se redime a sí mismo ni es redimido por sus hijos”.